

LA PLAZA DE GUIPÚZCOA



Por lo que se vé, el asunto tocó á su fin.

Ya nadie emite su parecer, los rumores de reforma del jardín cesaron, se despejó el horizonte, la tempestad cambió de rumbo y la cosa se ha hecho vieja.

Por eso mismo, por lo de la antigüedad, voy á remover el cuento y «vístase todo el mundo el último patrón».

Además, no en balde nos han hecho leer si deben ó no cortarse los árboles, si ha de ser ó no arrancada la verja, si ha de reducirse el parque; nos han dicho que deben clasificarse las plantas, poniendo un chartel negro, aterrador, á las venenosas; otro ha opinado que la poda debe ser general porque el mucho ramaje obscurece los entresuelos; ha habido persona que ha dicho que desaparezca todo y que en el centro de la plaza se construya un caserón para espectáculos, etc.

Es el caso que la atención de los donostiarras ha estado días y días pendiente del porvenir que le esperaba al lindo jardín.

Hubo solicitudes dirigidas á la autoridad competente con considerable número de firmas, en súplica de que el parque continúe en el estado en que se halla. Individuos que han viajado de Norte á Sur han tenido á bien explicarnos que el parque de aquella capital, y de la de más allá, y otros jardines de la categoría de nuestra plaza, son abiertos, sin puertas ni cerrajas de ningún género, comunicándonos más y más nuevas de *monta tanta*.

Si por fortuna, en los actuales momentos, hubiese vivido aquel bueno y querido donostiarra, quien sin haber exclamado jamás que anduvo por tales ó cuales lugares, y que desde lo alto del monte Urgull con su poderosa visual alcanzó cuanto de bueno y de malo con-

tienen las principales capitales, hubiéramonos dirigido al insigne *erriko-̄seme* con ánimos de conocer su parecer acerca de la polvareda producida por el anteproyecto de arreglo del jardín de la plaza de Guipúzcoa.

Seguros estamos que á nuestra primera pregunta nada nos hubiera contestado; á la segunda tampoco creemos, pero ante la insistencia hubiéramos alcanzado el honor de que nos honrara, no con un *parafraseo* apocalíptico, sino solo con esta nota gráfica, del mayor purismo de localidad, expresión sencilla é íntima de la familia donostiarra:

—Au, ta ori, ta ura—(Esto, aquello y lo otro).

Nosotros, que conocimos al *erriko-̄seme* en cuestión, que á través de su simpático carácter veíamos su corazón de hombre y de angel, tenemos la seguridad en estas circunstancias, de que su lacónico *au, ta ori, ta ura* ha de hallar en vos fiel interpretación.

Quiere decir: «El jardín de la plaza de Guipúzcoa no se debía haber hecho, pero la cosa se hizo, y no en seis días, y todo ello vimos que era bueno, de primer orden: hoy merece que nada se toque en él con objeto de mermar, todo lo contrario, hágase cuanto sea posible por engrandecer, enriqueciéndolo con todos los encantos que ofrece el arte.

Por si no sabéis, debo deciros que, con justa razón, consignó un escritor erudito y sensato, en cierta obra histórico-artística que no ha años doblados vió la luz, editada con toda esplendidez y lujo en la ciudad de Barcelona, este aplauso: «La plaza de Guipúzcoa (en San Sebastián) por su parque ó jardín y su trazado primoroso, es de las más bellas de toda España».

Dejad, pues, que los árboles se extiendan, que suban; dejad que las plantas se desarrollen, no toquéis de todo su hermoso conjunto ni una rama, ni una hoja. Ved que la plaza ofrece en las cuatro estaciones del año otros tantos cuadros que, sin alejarnos, podemos admirar la entonación vigorosa del verano, los sienas y ocres que dan los árboles en el otoño, los grises que imperan en el invierno y la placidez que presenta, bajo el punto de vista artístico, la ansiada primavera.

Se desea que la plaza de Guipúzcoa mejore, ¡ea! hagámoslo, el deseo, sin duda, es unánime.

Las puertas actuales son miserables y raquíticas, nada dicen, ni significan nada.

Precisa que las entradas sean de aspecto grandioso, que en vez de esos pobres mascarones, se dé más importancia al asunto, que las entradas sean verdaderos arcos, amplios, con carácter monumental, formados por motivos distintos de ornamentación.

La cascada no es que esté mal hecha, como que recuerda demasiado al natural, hay que darle más valor á esas rocas, falta sobre ellas un grupo escultórico, una mitología, para que ese montón de piedras adquiriera la distinción y elegancia debidas.

Por ejemplo, la música, cuando trata aires populares, el artista no traslada á su sinfonía ó á su aria aquellas notas con la rudeza misma de su nacimiento, sino que al recogerlas en el pentágrama las engalana con el gusto depurado y los adornos que surgen de la inspiración.

Y nada, que la reforma del hermoso jardín ha de ser bajo este aspecto; dejad á la verja y á los árboles, y... he ahí analizada la frase gráfica del inmortal anónimo varón donostiarra.

La plaza de Guipúzcoa se creó sobre una parte del terreno en donde en otro tiempo existió el glásis ó explanada en las avanzadas de las murallas; del mismo lugar partía el espléndido y frondoso paseo llamado el Prado.

El centro del cuerpo de guardia se encontraba dentro de la manzana que forman hoy las calles de Bengoechea, Oquendo y Camino.

El primer proyecto, cuando se trazó la plaza de que se trata, fue el levantar un monumento conmemorativo rodeado de estatuas de hijos ilustres de esta provincia, además se pensó en comunicar los pisos primeros de las cuatro esquinas por medio de terrados, como en la de la Constitución; este trabajo no se ha llevado á cabo, pero sobre los capiteles de las respectivas columnas se ven los arranques que esperan la obra.

En la guerra carlista, la plaza de Guipúzcoa fué el punto de reunión de los cuerpos armados.

La artillería rodada dejaba ahí sus piezas y las cuadras de las acémilas se hallaban en el sótano del edificio del antiguo Instituto.

En el año 1874 se corrieron bueyes ensogados en dicha plaza nueva.

Durante el período del bombardeo por las baterías carlistas de Arrantzain, uno de los proyectiles lanzados mató horriblemente, en la esquina de la casa Tornero, á una pobre mujer que con una tinaja en la cabeza se disponía á atravesar la plaza.

Era el punto de partida de los miqueletes y demás tropas, en días de operaciones.

Ahí se pasaba lista, ahí se repartían las raciones, de ahí salía la retreta de ordenanza, todas las noches, con dirección al cuartel.

El año 1876, en la plaza de Guipúzcoa se produjo el motín sobre los Fueros.

Los miqueletes volvían de Madrid después de la presentación de las fuerzas victoriosas.

San Sebastián se había dado cita para recibir á sus paisanos en la plaza de Guipúzcoa y en el momento que apareció el cuerpo de las boinas encarnadas con los fusiles llenos de coronas, el pueblo en masa prorrumpió en vivas á la libertad y á los Fueros.

¡Viva los Fueros! contestaron los miqueletes y, á poco, determinados elementos lanzaron algunos ¡*mueras!* y el agravio produjo seguidamente, como era de temer, ruidosas protestas, y hubo culatazos, palos, puñetazos, sables desenvainados, bayonetas; y si la autoridad no hubiese intervenido con refuerzos y gran oportunidad, solo Dios sabe las escenas que se hubiesen desarrollado en el solar que constituye en el día tan precioso jardín.

A la mañana siguiente, en las columnas de los arcos apareció pintada, en color negro, la inscripción ¡*Viva los Fueros!* y miles de papeles que cubrían el suelo, contenían también el mismo grito... etcétera.

Quedamos en que á la plaza hay que darle el más distinguido carácter; se saca dinero de donde haya, y dejemos que se extiendan las ramas y las hojas.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

